

SUS COMPAÑEROS. «En nombre del 'mulá' Omar y Bin Laden, los talibán han matado a siete periodistas. Más corresponsales de guerra muertos que soldados de la coalición»



Pedro J. Ramírez señala a Julio Fuentes en el discurso del primer día en que llegó la redacción a los locales de lo que sería EL MUNDO.

FERNANDO MUGICA

El verdadero amor de su vida

FERNANDO MUGICA

Julio, a mí no me engañas ni por un momento. Sé muy bien que cada vez te costaba más irte de viaje. Que antes de partir para cada nueva guerra tenías que poner los motores suplementarios en marcha y utilizar los depósitos de reserva para que no se te notara. Y todo porque acababas de decidir tu futuro y lo habíais imaginado, los dos juntos, a bastantes kilómetros de cualquier redacción. Y en esta ocasión iba en serio.

Os veíais ya en esa casita de ensueño que comprasteis en el corazón de los Picos de Europa, en un paisaje brillante, verde esmeralda. Ella, como siempre, se habría levantado muy pronto para recoger junto a la verja la vasija con la leche recién ordeñada. Te habría preparado el tazón grande de loza descascarillada y una buena rebanada de pan con mantequilla auténtica.

Tú le comentarías la última noticia de la CNN y ella te contestaría, con su habitual paciencia, que sí, que ya lo había visto mucho antes mientras arreglaba el pelo a vuestra hija de diez años y trataba

de poner orden en los pantalones descosidos del chiquitín. Claro que para esa hora Mónica ya habría enviado, además, su comentario radiofónico de actualidad a la cadena de emisoras en la que trabajaría como gran analista especializada.

A mediodía cortarías unos troncos para almacenar un poco de leña para la chimenea y luego subirías a vuestro estudio para escribir un nuevo capítulo de tu novela número 15. Antes de comer, Mónica te buscaría, en vuestra fantástica biblioteca, la cita precisa que necesitarías después de corregirte 23 términos del capítulo anterior que al consultar (ella) en Internet resulta que los habríais puesto equivocados.

Por la tarde os amaríais apasionadamente en esa cama gigante de sábanas blancas mientras las nubes avanzarían

suavemente en el ventanal del techo.

Al atardecer, después de una buena caminata de varios kilómetros con tus viejas botas de siempre, recogeríais a vuestros niños de casa de, Manolo *el largo*, ese vecino del pueblo que les habría enseñado tantos secretos sobre la vida, el alma y la Naturaleza.

Por la noche, con las estrellas sobre vuestro tejado de pizarra, iríais a dar un beso a los chicos y ella, la niña, con su melena negra y los ojos radiantes de su madre, te preguntaría: «¿Papá, tú estuviste en aquella guerra de Afganistán, la del 2001?» Y tú le dirías: «No. Precisamente nos retiramos aquí un mes antes de aquel

11 de Septiembre que has estudiado en el colegio». Y Mónica la arroparía con cariño y le diría: «Sí, hija mía. En esa no estubo, pero no te olvides nunca de que tu padre ha sido el más valiente del mundo».

«Tu padre no estuvo en esa guerra pero es el más valiente del mundo»

Siguen matando al recadero

MANU LEGUINECHE

La rabia de los vencidos. En este sentido, la primera guerra del siglo XXI se parece a las del XIX y el XX. Siguen matando al recadero. «Cuidado con los finales», decía un viejo amigo, corresponsal del *Corriere*, Egisto Corradi, veterano de la II Guerra Mundial, «crees que estás a salvo y el peligro acecha más que nunca en medio del caos. Es como cuando estás a punto de llegar en coche a tu destino. Cuidado otra vez, nada de confianzas. Es el momento más delicado». Por mucha prudencia que tengas, siempre aparece alguien dispuesto en una mala maniobra a chocar con tu vehículo. Hay ocasiones en las que identificarte como periodista no es una garantía, más bien al contrario. Esta puede haber sido una de ellas.

En efecto, los soldados en derrota mero-dean por desfiladeros y montañas dispuestos para la venganza, el pillaje o incluso

la emasculación y mutilación de los cadáveres, como es costumbre en Afganistán. Kipling nos cuenta en qué estado dejaban los sádicos bandidos, salteadores de caminos, a los viajeros que sorprendían.

En nombre del *mulá* Omar y Osama bin Laden, los guerrilleros talibán han matado a siete periodistas y un intérprete. Más corresponsales de guerra muertos que soldados de la coalición. Dos emboscadas, siete cadáveres. Es el precio que hay que pagar como le ha ocurrido a Julio Fuentes, enamorado de la Historia, solidario con las tragedias del hombre, que había nacido para esto. Había nacido para estar allí, por informar, por contar lo que pasa aun a riesgo de la propia vida.

En las guerras clásicas, de posiciones fijas, los peligros eran evidentes, pero ha sido en los conflictos recientes, irregulares, donde han muerto más civiles (un 80

por ciento más que en la Primera Guerra Mundial) y mayor número de periodistas.

Siempre hay preguntas inútiles que hacerse en estos casos. ¿Cómo se explica que los comandantes de Jalalabad preocupados por la suerte de los periodistas en su territorio como el hermano del legendario y asesinado Abdul Haq, y tan rápidos algunos de ellos a la hora de saquear, como en la zona de la Alianza, a la tribu de corresponsales, no se encargaran de proteger como es debido a la caravana que se dirigía a Kabul? Ellos, los comandantes, sabían mejor que nadie que esa carretera, tan abrupta y pedregosa, estaba pespunteada de unidades en desbandada. Su objetivo es ganar de forma fácil, ahora contra periodistas o civiles, una guerra que han perdido en las trincheras de Jalalabad o en Kunduz. Muerte, ¿dónde está tu victoria?

Vivir peligrosamente

JAVIER REVERTE

Conocí muy poco a Julio Fuentes. Charlamos apenas unos minutos en el vestíbulo del hotel Holliday Inn de Sarajevo, en noviembre del 92, justo cuando yo me iba de la ciudad sitiada, después de haber pasado unos días en ella para escribir sobre el cerco en una revista hoy desaparecida, y él llegaba, enviado por EL MUNDO, en el mismo coche que Angela Rodicio y José Luis Márquez, de TVE, para trabajar sobre el conflicto. No puedo, pues, decir mucho sobre su personalidad. Pero sí que puedo hablar sobre su oficio, corresponsal de guerra, porque tengo muchos y buenos amigos que han dedicado casi toda su vida a esa especialidad. Son los miembros de eso que Manu Leguineche, o *papa-Manu*, o *El Patrón*, bautizó como *La Tribu*. Todos ellos han hecho profesión del vivir peligrosamente y, en cuanto escuchan un tiro, toman el primer avión y se van a la línea de trincheras, a menudo sin billete de vuelta ni seguro de vida.

Yo no soy de *La Tribu*, aunque he tenido que acudir en ocasiones a los frentes de combate para escribir sobre la guerra. Y en esos días en la proximidad del horror, de ese horror supremo que es la guerra, he descubierto que hay un cierto morbo en el trabajo del corresponsal bélico, un extraño imán que a ellos les atrae inexorablemente y que les hace desdeñar el confortable sillón de las redacciones. Pongamos que puede llamarse la atracción de lo abominable.

Nadie ha obligado nunca, ni siquiera sus jefes de redacción, a gentes como Julio, o como Manu, o como Pérez-Reverte, o Vicente Talón, o Alfonso Rojo, o Javier Fernández Arribas, o Fran Sevilla, o Ramón Lobo, o Javier Bauluz, o Gervasio Sánchez, y otros cuantos que ahora olvido, a acercarse a un frente de guerra. Pero vuelven una y otra vez, aunque a veces te juren que esa en la que están será la última y que terminarán sus días de periodista en un despacho como redactores jefe. ¿Qué les impulsa, pues, a regresar sin descanso a la trincheira?

Creo saber que, en principio, hay en ellos una voluntad que es más literaria que periodística: quieren contemplar el corazón del hombre en una de sus más horrendas manifestaciones, quieren ver lo abominable quizá para conocerse mejor a sí mismos. También es posible que acudan a las guerras para huir del aburrimiento y la melancolía que propone la vida cotidiana, algo perfectamente lícito. O puede que, incluso, vayan para tratar de ganar un pedazo de heroísmo con el que completar su biografía, cosa que son muy libres de hacer. Pero pienso que, sobre todo eso, existe otra razón llena de nobleza: mostrarnos a los lectores, o a los radioyentes o televidentes, la miseria de la guerra, poniendo ese pequeño grano de arena que pueda servir para que la detestemos un poco más cada día y para que, quien sabe si alguna vez, incluso logremos desterrar de la Historia su pavorosa realidad. Van al combate para combatir la guerra. Y eso es digno y leal con todos nosotros, los que vemos, escuchamos o leemos sus crónicas.

A éstos, mis amigos de *La Tribu*, solamente los jubilan la edad, las enfermedades de las piernas o la muerte, la peor de las razones. O quién sabe si la preferida de algunos de ellos. Porque los héroes, ya lo decían los clásicos, mueren siempre jóvenes.